

sabido que en muchas ocasiones dividió sus discursos (1).

Cierto es, sin embargo, que la fuerza de sus convicciones arrancó al ilustre autor de los *Diálogos sobre la elocuencia* algunas frases, que, tomadas literalmente, no serian exactas; porque es indudable que los oradores sagrados, lo mismo que los profanos, conocieron la teoría de las divisiones muchos siglos antes que se introdujera en las escuelas el método escolástico. Como la necesidad de dividir procede de la naturaleza misma de nuestro sér intelectual, Ciceron y Quintiliano, cuyos tratados erau muy conocidos de los Santos Padres, recomiendan las divisiones á los oradores. San Agustin hace mencion de ellas en un tratado clásico de oratoria sagrada, y en el siglo vi Casiodoro enumera la division entre las partes de un discurso, en una obra elemental destinada para los que se dedicaban al estudio de las ciencias eclesiásticas (2). A pesar de esto, son muchos los que, despues que habló Fenelon, afirman como cierto que los Santos Padres no dividieron sus discursos; y ¡cosa extraña! uno de ellos es el ilustradísimo doctor Audisio (3). De lo que hemos leído no recordamos que nadie se haya tomado el trabajo de probar lo contrario con citas determinadas.

Los Santos Padres no dividian los discursos cuya índole no lo consentia: la mayor parte de sus sermones son homilias sobre los libros de la Sagrada Escritura. Cuando San Juan Crisóstomo explicaba cláusula por cláusula los Santos Evangelios y las Epístolas de San Pablo, ó cuando San Agustin exponia de la misma manera los Salmos, ¿era posible que encerráran sus admirables discursos en una division simétrica de dos ó tres miembros? Cuando en sus oraciones se proponian como objeto preferente mover los afectos, ¿hubiera sido posible sujetar el ímpetu de la elocuencia al arte de las divisiones? No por

(1) En los pocos sermones que conservamos de Fenelon se ve que se sirvió de la division en el predicado con motivo de la consagracion del elector de Colonia; en el de la vocacion de los gentiles, en el de la Asuncion de Nuestra Señora, en el de San Bernardo y en el de Santa Teresa de Jesus. Además, en los planes que se han conservado de sus sermones tambien se observa que hacía uso de las divisiones. (Véase el tomo xxviii de la coleccion de oradores sagrados de M. Migne.)

(2) *De Art. ac disciplinis liberalium litterarum*, cap. II, tomo II, fól. 565.—Rouen, 1679.

(3) *Lecciones de elocuencia sagrada*, lec. VIII, tomo I, pág. 116.—Lyon, 1844.

cierto: en ninguno de los dos casos debieron atenerse á él los Santos Padres, ni á él se atendrian tampoco hoy los que tuviesen el laudable intento de reproducir el sólido método de predicacion que siguieron los clásicos de la venerable antigüedad cristiana. Mas fuera de estos casos, y cuando los Santos Padres predicaban sobre un tema concreto, ó sobre un lugar determinado de la Sagrada Escritura, dividian sus discursos. En otro lugar citaremos un buen número de oraciones en que los Santos Padres usaron de las divisiones, y copiaremos literalmente los términos en que redactaron algunas de ellas.

Huid, jóvenes oradores, de las doctrinas extremas: no dividais siempre, ni os propongais sistemáticamente no dividir nunca: seguid en todo las inspiraciones del buen gusto y de la sana razon. «Cuando el objeto principal de vuestro discurso sea instruir, dividid muy distintamente, dice San Carlos Borromeo, para que el auditorio entienda bien vuestras instrucciones y las conserve fácilmente en la memoria.» «Cuando creáis necesario dividir, añadimos con Fenelon, hacedlo sencilla y naturalmente, para que la division se encuentre hecha en la materia misma de que predicais; y á fin de que se esclarezca y ponga orden en todo el discurso, redactadla de tal manera que los oyentes puedan conservar con facilidad en la memoria, no sólo la division, sino todo el discurso; que la division, en fin, contribuya á poner de manifesto toda la grandeza del asunto, y la grandeza de todas sus partes (1).»

LECCION XIX.

De la confirmacion.

Indicado en la proposicion el objeto del discurso, es necesario probar que es verdadero ó falso, bueno ó malo lo que el orador ha propuesto; en esto consiste la confirmacion, única parte esencial del discurso, y de la que nunca se puede prescindir.

La imaginacion y la sensibilidad impelen fuertemente la voluntad; mas estas tres facultades deben ser regidas é ilustradas por la facultad superior y más noble de nuestra alma, que es la razon; de otra manera obrarán

(1) Diálogo I, pág. 5.

muchas veces á la aventura, y sus movimientos serán desacertados, ó á lo ménos pasajeros y sin resultados permanentes; sin embargo, á menudo la voluntad se sobrepone á la razon y los efectos se anticipan á los juicios, como lo explica San Hilario. «Non rationi voluntas subicitur... sed his quæ volumus rationem comquirimus, et his quæ studemus doctrinam coaptamus:» de donde infiere el Santo la necesidad de ilustrar el entendimiento para que dirija las demás facultades del alma. Así, decia San Agustin, que de los tres objetos y fines del orador, que son enseñar, agradar y mover, el primero es de necesidad: «docere necessitatis est... prius utique docendi sunt quam movendi;» y Ciceron habia dicho que el orador se ha de proponer enseñar cual si no tuviera otro objeto: «Ut nihil aliud, nisi docere, velle videamur:» y que agrorando y moviendo dará animacion al discurso, así como la sangre la da al cuerpo circulando por él: «Sicut sanguis in corporibus, sic illæ in perpetuis orationibus fuisse esse debebunt (1).»

Tres cosas se requieren para una perfecta confirmacion: argumentos, argumentaciones y ordenada colocacion de éstas.

Los argumentos, que son las razones con que se confirma la proposicion, es lo primero y que con más diligencia se ha de buscar. Los antiguos retóricos aspiraban á suplir, en gran parte, la falta de invencion, compilando y explicando algunos lugares comunes que llamaron tópicos, los cuales podian suministrar al orador cuantas pruebas necesitase, cualquiera que fuese el asunto de su peroracion. Si alguno juzga que el estudio de los tópicos puede serle útil, consulte á los antiguos escritores; creemos, sin embargo, que ese estudio producirá más molestia que utilidad, y le aconsejamos que lea á Fr. Luis de Granada, que ha tratado esa materia de una manera provechosa para los predicadores de la palabra divina (2). Aquí nos limitamos á recordar lo que ya hemos dicho y repetiremos siempre que lo creamos oportuno; lo importante y necesario es estudiar la doctrina bajo todos sus aspectos y en todas sus relaciones, fijándose bien en los principios: «Scribendi recte sapere est principium et

(1) *De Orat.*, lib. II, núm. LXXVII, tomo II, pág. 196.
 (2) Trata esta materia en varios capítulos de los libros II y III de su *Retórica eclesiástica*.

fons.» Hágalo así el orador y estúdiense á sí mismo, teniendo por cierto que las razones que más impresion hagan en su propio espíritu, esas serán las que hagan más fuerza en el de sus oyentes.

Los lógicos llaman argumentacion la forma con que se expresan los argumentos ó su estructura; cuyas formas las enseña la dialéctica. Esta en su esencia es el procedimiento natural de la razon humana; y los observadores, dictando reglas para regularizar su ejercicio, la crearon como arte; el orador, dice San Agustin, necesita absolutamente de la dialéctica, porque ella es la disciplina de las disciplinas, la que enseña á enseñar y á aprender: «docet docere, docet discere.»

No quiere decir esto que el predicador haya de usar en el púlpito las formas rígidas y el árido lenguaje de las escuelas; si el orador, añade San Agustin, no tuviera más oficio que el de enseñar y convencer, bastaría la dialéctica, pero como la razon se halla combatida por los afectos que tan poderosamente influyen en la vida del hombre, el orador ha de atender á lo uno y á lo otro; procurará convencer la razon y mover el corazón, extendiendo su dialéctica á la mocion de los afectos, y en esa extension consiste la elocuencia que nace y procedé de la dialéctica; nadie ha explicado mejor que este grande Doctor en qué convienen y en qué se diferencia el dialéctico y el orador: «Verus disputator si late diffuseque faciat eloquenter facit, alioque tunc censetur augeturque vocabulo, ut dictor potius quam disputator vocetur... si autem presse atque constrictè, magis enim disputatorem, quam dictorem appellare consueverunt.» La dialéctica es concisa en sus formas; la elocuencia ámplia en su expresion, segun el tan sabido símil de Zenon: «Hæc... latior... illa... contractior.» dice Ciceron (1). La dialéctica es al discurso lo que al cuerpo humano son los nervios y los huesos; la elocuencia es como la piel y carne que los reviste y la sangre que los anima; esta comparacion, comun entre los maestros del arte, es tan propia como expresiva; un discurso sin dialéctica careceria de fuerza, y sin adorno oratorio no tendria animacion.

El orador puede emplear como armas propias todas las formas de rigurosa argumentacion que señalan los dialécticos; el silogismo, enthymema y epiquerema; el

(1) *Orat.*, núm. XXXII, tomo I, pág. 314.

dilema, induccion y sorites; tiene además otras más convenientes á la elocuencia que á la dialéctica; las cuales, aunque se enumeran entre las figuras retóricas, son también argumentaciones porque auxilian poderosamente al raciocinio, dándole claridad, energía y adorno; tales son la antítesis, sentencia y epifonema; la gradacion, simil ó comparacion; la interrogacion y repeticion; en todas ellas, y especialmente en el uso de las primeras, ha de evitar con mucha diligencia la sutileza y la aridez. «La elocuencia es de suyo rica y adornada; pero no lo será cuando la oracion vaya encadenada con silogismos, epiqueremas y enthymemas dispuestos con una misma forma y terminacion... Corra, pues, en campo espacioso, y no por sendas estrechas, para que no sea como las fuentes canaladas por reducidos caños, sino como los rios, que ellos mismos se abren camino (1).» Esta bella idea de Quintiliano la verán los jóvenes, realizada en los escritos de los Santos Padres, quienes se sirvieron de todas las formas de argumentacion, aunque en estilo fácil y copioso.

El verdadero cristiano debe vestir con modestia y hablar con prudencia, mirar con recato y andar con mesura; es así que vosotros nada de esto haceis, sino todo lo contrario: luego no sois verdaderos cristianos. Este silogismo nos parecería bien en un estudiante de lógica, mas al joven que nos preguntase si podría repetirle en el púlpito, le responderíamos que no; el raciocinio, le diríamos, es bueno; conservad su nervio vigoroso, pero explanadle bajo las espléndidas formas con que le expuso el Crisóstomo. El Santo Doctor asienta esta premisa; el cristiano debe hacerse notable: «Ab incessu, ab adpectu, ab habitu, à voce;» examina con relacion á estos extremos la conducta de algunos de sus oyentes, y encuentra que no se conducen como cristianos, sino al contrario: «Undique te invenio à contrariis dignosci;» y pregunta: «Undenam igitur, quæso, potero te fidelem agnoscere...? Et quid dico fidelem? Neque enim si homo sis possum evidenter agnoscere;» con esta natural transicion da un paso inmenso; y comparando las costumbres de algunos cristianos con los instintos de ciertos animales, exclama: «Quærebam differentiam catechumenorum inter et fidelem; et periculum est ne invenire nequeam virum inter

(1) Lib. v, cap. xiv, tomo I, pág. 334.

et feram discrimen!» En este solo pasaje de rápido y animado movimiento se sirve del silogismo, del epiquerema, del enthymema, de la induccion y de la comparacion; mas no con la aridez de un escolástico, sino con la flúida expresion de un grande orador.

O el Cristianismo se propagó con milagros, ó sin ellos; si con milagros, es verdadero; si fué sin milagros, lo es igualmente, porque es mayor milagro el que se haya difundido sin ellos. Recordamos con gran placer las muchas veces que, ya discípulos, ya profesores, hemos recitado este célebre dilema en las aulas de Teología: mas si hoy tuviéramos que repetirle en el púlpito, le quitaríamos las estrechas ligaduras escolásticas para revestirle con las formas oratorias que le dió San Agustin, y aún mejor con las que empleó el elocuentísimo San Juan Crisóstomo.

Hasta la forma del sorites que, por su ingeniosa construccion, es la que ménos se adapta á la índole de la elocuencia, ha sido oportunamente usada por los Santos Padres. ¡Cómo los manejaba San Agustin!

Otra de las argumentaciones que aquellos grandes oradores emplearon con éxito felicísimo, es la que los dialécticos llaman A DATIS Ó AD HOMINEM: consiste en apoyar el raciocinio en lo que el adversario concede ó no puede ménos de conceder, y tiene mucha analogía con la figura que los retóricos llaman CONCESION: su valor absoluto depende del que tenga la proposicion reconocida por el adversario, pero es siempre fuerte y muy poderosa para redargüir; en este sentido, los Doctores de la Iglesia, á los que no querian admitir los misterios de nuestra santa Religion porque no los comprendian, les reponian los enigmas indescifrables que el hombre encierra en sí mismo, los inexplicables misterios del orden natural que por todas partes nos rodean. San Agustin llamaba la atencion de los que no creian la posibilidad de la Encarnacion sobre los misterios de la palabra del hombre y concluia: «Verbum Dei contempnis, qui verbum hominis non comprehendis.» Los apologistas modernos usan mucho esta argumentacion, muy adecuada para moderar el orgullo de la razon humana; pero nada pueden añadir á lo que tantos siglos há dijeron los Santos Padres.

Las ideas se esclarecen mucho cuando se les contraponen otras contrarias, y en esto consiste la antítesis: si la contraposicion no está en las ideas, sino únicamen-

te en las expresiones, no hay verdadera antítesis, sino un juego pueril de palabras. Se dice que el estilo de San Agustín está muy recargado de antítesis; y porque nuestro deseo es que los jóvenes oradores lean día y noche las obras predicables de este gran Doctor, les advertimos que la censura no carece de fundamento; mas no por esto queremos que formen un concepto exagerado de esas ligeras imperfecciones. Oigamos el juicio de un hombre tan competente como Bossuet, quien, refutando á M. Simon, escribía estas notables palabras: «Podría creerse, al oír á ciertos hombres, que los escritos de San Agustín están plagados de agudezas, antítesis y sutilezas que á nada conducen, y llenos de digresiones y alegorías. Así lo creerán los jóvenes escolares si no conocen al Santo más que por lo que ha escrito M. Simon, ó, aunque lean el original, si lo hacen á la ligera y con deliberada intención de criticar. Tal es la idea que se da de un Santo Padre cuando sin conocer su verdadero carácter se tilda con afectación uno que otro pasaje; importa sobre manera saber que San Agustín es muy diferente de lo que algunos piensan. Tiene algunas digresiones, como las tuvieron todos los Santos Padres, donde son permitidas, como en los discursos populares; pero jamás cuando escribía contra los herejes, ni en tratados que requieren estilo severo y vigoroso. Conformándose con el gusto, quizá un poco exagerado, de su siglo, usó de alegorías, como lo hicieron los Santos Padres: siendo de advertir que este método, en el fondo, le habían recibido de los Apóstoles y de sus discípulos. Las agudezas, antítesis y frases estudiadas eran del gusto dominante en aquellos tiempos; Erasmo, que nada indulgente era con el Santo Doctor, observa que sus primeros escritos pueden tomarse por modelos de buen estilo, y si más adelante le rebajó, fué para acomodarse al gusto de aquellos á quienes deseaba ser útil. Un sábio de nuestros días dice con mucha frecuencia que cuando lee á San Agustín, dominado por la grandeza, profundidad é ilación de los pensamientos, no tiene tiempo ni libertad para ocuparse en las palabras. En efecto: lo más notable en San Agustín es un profundo conocimiento de la Sagrada Escritura y de su verdadero sentido, la maestría con que deduce los principios más elevados, y la oportunidad con que los maneja. Por lo demás, si tiene sus defectos, como el sol sus manchas, yo no perderé el tiempo en confesarlos ni ne-

garlos, en excusarlos ni defenderlos; lo que sé es que quien estudie su teología, tan sólida como sublime, penetrado del fondo de las cosas y hondamente impresionado por su grandeza, tendrá compasión de sus críticos, porque sin sentimiento ni gusto de la verdadera grandeza hacen gala de censurar á San Agustín, sin entenderle ni conocerle (1).»

«Cuando la contraposición de las ideas se expresa con una forma breve y cortada, se llama antítesis: cuando las ideas contrapuestas son varias, ó se expresan copiosa y difusamente, hay lo que se llama CONTRASTE. San Efrén era muy dado al uso de esta figura: siempre nos ha llamado la atención el vivo contraste que hace, en uno de sus sermones sobre el *Genesis*, de la grandeza del hombre y de su pequeñez, de su afanosa actividad para adquirir las cosas de la tierra y de su negligencia para los intereses de su alma. Sirva de muestra esta frase: «El hombre, inventor de las ciencias, de las artes y de la industria, hace prodigios: imagen de Dios, es acá abajo un segundo criador: mas al contemplar cómo abusa de sus grandes facultades, parece un vil insecto que, extraviado en un magnífico palacio, roe cuanto encuentra.»

Una pública calamidad afligía á los habitantes de Cesárea; hacíanse rogativas con este motivo, y San Basilio exclamaba desde el púlpito: «Casi no hay en nuestro auditorio más que niños para quienes estas rogativas son un solaz, puesto que les dispensan de la escuela: por manera que nuestra tristeza es para ellos como una fiesta.» «Hi autem pueri minimi qui, depositis in ludo litterario tabulis ac libellis, nobiscum vociferantur, potius huic negotio velut remissioni ac oblectamento vacant, tristitiam nostram habentes festivitatis loco, quo ab onere præceptoris et studiorum cura modico tempore liberentur.» Esto es bello por su verdad, sencillez y naturalidad. Contrapone luego el Santo la inocencia de aquellos niños con la malicia de los adultos que no asistían á la plegaria pública, y dice: «Infantes tandem sensu carentes, nullique reprehensioni obnoxii, ad confessionem festinant conveniuntque: sed præterquam quod malorum causa non sint, orare ex more nec noverunt, nec possunt. Tu mihi in medium prodi qui peccatis conspurca-

(1) *Defensa de la tradición y de los Santos Padres*, part. 1.ª, libro IV, cap. XVIII.